

PRECIO EN MADRID.

Por un mes..... 1 Pesetas
 Por tres meses..... 3 »

ADVERTENCIAS.

La mayor desgracia de la revolucion consiste en que RIGOLETO visitará al público seis veces al mes.

La manera ménos sensible de hacer la suscripcion es anticipando su pago, en libranzas ó sellos de correos, no respondiéndose de éstos si no viene certificada la carta.

Se traspasan los porrazos patrióticos y las sobas de tolerancia.

Número atrasado: 25 céntimos

NÚMERO SUELTO EN MADRID: 10 CÉNTIMOS.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses..... 3 Peseta
 Valiéndose de comisionados... 3,50 »

Extranjero y Ultramar.

Por tres meses..... 7,50 »
 Filipinas, un año..... 35 »

NOTA.

La palabra *progresista* colocada á la cabeza de este periódico, da la medida de la fuerza de su color.

REDACCION Y ADMINISTRACION,

FLOR BAJA, 13, PRINCIPAL.

ADMINISTRADOR: D. ESTÉBAN LOPEZ

Número atrasado: 25 céntimos

NÚMERO SUELTO EN MADRID: 10 CÉNTIMOS

RIGOLETO

PERIÓDICO PROGRESISTA.

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 5, 10, 15, 20 Y 25 DE CADA MES.

GORITZ, 3 de Setiembre de 1883.

MI QUERIDO NOCEDAL:

Regreso en este instante de tributar los últimos homenajes á mi venerado tío. La ceremonia religiosa se ha llevado á cabo en medio del dolor y del recogimiento de todos. Nunca he sentido más vivamente que en este tristísimo día cuán indisolubles son los fuertes lazos que me unen á mi amada España. A ella sola pertenezco y perteneceré mientras viva.

Harto conocen mis sentimientos mis fieles amigos; pero quiero hoy reiterárselos por tu conducto.

Que Dios te guarde, como de corazon desea tu afectísimo

CÁRLOS.

ENSEÑANZAS

Nuestro querido compañero *El Siglo Futuro*, ha tenido el buen acuerdo de reproducir en sus columnas los juicios que mereció en otro tiempo el señor D. Cándido Nocedal, jefe delegado de la comunión católica y monárquica de España, á los que hoy más le combaten y blasonan de ser sus más encarnizados enemigos. Fueron enunciados esos juicios, cuando el Sr. D. Cándido Nocedal no se habia declarado todavía carlista, en el sentido más genuino de la palabra, quiérese decir, partidario de la rama primera de la familia de Borbon. Mas, cuando llegó el día en que, impulsado por sus convicciones, se vino, pública y solemnemente, al campo carlista, arrojando por la ventana las esperanzas y las certidumbres de volver á ocupar las altas posiciones que habia ocupado en el régimen liberal, y á las cuales le llamaban sus grandes aptitudes y sus notorios talentos, bastóle sólo esto para atraerse la enemistad profunda, el ódio, el combate, el furor y la demencia de los espíritus más levantiscos y turbulentos que se amparaban del pabellon que venia á sostener. Esta es España; el país de los *viceversas*, como gráficamente le apellidó el autor de las modernas capilladas.

Increible parecia que los paroxismos del aborrecimiento habian de llegar á donde han llegado, desde que una parte de la comunión católica y monár-

quica, sublevada contra los principios dogmáticos del credo tradicionalista, se ha lanzado loca y furiosamente á parodiar motines y sargentadas liberalescas, alzando barricadas contra las ideas y contra las personas, y promoviendo una especie de orgía cuartelaria, en que sólo falta el himno de Riego, para que sea *vera efigies* de todas las que ha incubado satánicamente el liberalismo, y dado á luz para deshonra y vilipendio del nombre español. Los mismos que hoy pregonan una guerra feroz de exterminio contra el Sr. Nocedal; los mismos que hoy declaran y así lo practican, que transigirian primero con el diablo que con él; los mismos que impudentemente niegan dotes de mando y de inteligencia, corazon, valor, abnegacion, desinterés y circunstancias propias de los grandes caracteres, son los que más han cooperado á su reputacion, los que forjaron con él una especie de ídolo de las muchedumbres monárquicas, los que le levantaron sobre el pavés de su admiracion y de su entusiasmo, diciendo á los pueblos, sedientos de religion, de justicia y de gobiernos tutelares:—«Hé aquí el hombre.»

Las decepciones que vamos á registrar, no pueden tener sabor más amargo.

En 1863, siendo el señor conde de Canga Argüelles propietario y director de *La Regeneracion*, periódico que alquiló despues á una empresa, como se alquila una casa ó una tierra, decia en aquella publicacion:—«EN ESPAÑA HACIA FALTA UN O'CONNELL Y LA ESPAÑA LE TIENE YA EN EL SR. NOCEDAL.»

El hombre que escribió esto ó autorizó su publicacion en un periódico cuya divisa era *católico antes que político, político en tanto cuanto la política conduzca al triunfo práctico del Catolicismo*, es el mismo que hoy dirige *La Union*, órgano de una especie de conjuracion personal contra el Sr. Nocedal, á quien pretende aplastar bajo el peso de una cólera infantil, ridícula é impotente, aspirando á sustituirle en la investidura que hoy tiene y á que le dan derecho la voluntad de su poderdante, sus merecimientos y la opinion pública, que entre nosotros, ya que no para otra cosa, sirve para aquilatar el acierto de las resoluciones soberanas.

Podria decirse que *La Regeneracion* en 1863 no era testimonio de excepcion bastante para dar fé de

la prosapia del hombre que hoy acaudilla, por delegacion, las huestes tradicionalistas de España; porque en aquella época *La Regeneracion* era un periódico isabelino, con gran predicamento en Palacio, donde sus hombres ejercian algun cargo más ó ménos visible; pero en aquella misma fecha publicábase tambien *La Esperanza*, único órgano entonces de la prensa carlista, dirigido por el Sr. D. Pedro de la Hoz, y redactado, entre otros, por su yerno el Sr. Vildósola, que hoy dirige tambien *La Fé*; y *La Esperanza*, aquel viejo adalid de la causa legitimista, querido y respetado de nuestros parciales, tanto como por ellos se desdeña hoy á su infausto heredero, se expresaba acerca del Sr. Nocedal en la forma que van á ver nuestros lectores:

«No hay acaso entre los hombres públicos que gozan entre nosotros de mayor ó menor celebridad, ninguno que haya sido y venga siendo más atacado, más injuriado, más calumniado que el Sr. Nocedal; lo que de él se dice, lo que sobre él se indica, lo que de su vida política pasada se cuenta, lo que de sus intenciones futuras se augura, la opinion que se forma de su talento, de sus conocimientos, de su carácter, excede, cosa que se diria era imposible, á todo cuanto se suele ver en algunos de esos periódicos destinados al oficio de desgarrar un día al hombre á quien hayan cubierto de incienso el día anterior. Y eso respecto del Sr. Nocedal, no es ni de una sola semana ni de un solo mes, ni de un solo periódico; al Sr. Nocedal se le viene atacando, insultando, calumniando há ya años, no con intermitencias sino tenazmente, no por un solo periódico sino por casi todos los periódicos liberales.

»Además, al Sr. Nocedal se le llama siempre *neo*, y es sabido que los *neos* están completamente desacreditados y desautorizados, que nadie hace caso de las personas y de sus ideas, que pertenecen á un pasado que no puede volver, y que el presente sólo tiene para ellos desaires y desengaños.

»Y, sin embargo, véase lo que son las cosas: el Sr. Nocedal, tan atacado, tan insultado, tan calumniado, es uno de los hombres públicos más importantes de España; su reputacion crece á medida de los ataques de que es objeto; domina ya á sus adversarios desde inmensa altura, y cuando ese *neo*, blanco de tanta ira, quiere levantar su voz, y la levanta entre los que se llaman eminencias del país, las eminencias tienen que escucharle y tienen que señalar, con su actitud, su admiracion y su respeto, mientras ellas se quedan sin nadie que las escuche cuando quieren contradecirle. ¿Qué es esto? ¿Cómo se explica esto?

»Se explica muy fácilmente. El Sr. Nocedal, que ha sido liberal, y que estaba destinado á tener en el campo liberal toda clase de satisfacciones para su ambicion y para su amor propio (mezquina ambicion personal, necio amor propio), tenia hartos talentos, hartos amor al estudio, y un corazon demasiado grande para no comprender por el talento y el estudio que el liberalismo es en el terreno especulativo una abstraccion absurda, en el terreno práctico la mayor de las plagas sociales, y para no sacrificar, siguiendo la fuerza de sus sentimientos, la degradante esperanza de obtener empleos y condecoraciones, el necio amor propio de lograr el aplauso de unas cuantas docenas de necios empeñados en mostrar á toda hora que lo son, á

la ambición noble de sacar al país del mal camino en que había entrado, al digno amor propio de ser uno de los campeones más brillantes de la justicia y de la verdad.

»El Sr. Nocedal dejó de ser liberal en el sentido moderno y antitético de esa palabra, y en eso y en haber aplicado su talento á defender la verdad, está la explicación de su importancia, la del respeto y admiración que impone á adversarios que están leyendo ó escribiendo constantemente toda clase de diatribas contra su persona; en eso está también la explicación del mismo vuelo majestuoso y elevado que ha tomado su talento.

»Ayer habló el Sr. Nocedal en el Congreso, en un Congreso en el que sólo tiene trece adherentes, sobre una cuestión antipática á ese Congreso, y que parecía agotada por todo lo que sobre ella se ha venido diciendo recientemente, y, sin embargo, el salón del Congreso presentaba un aspecto diferente del de todos los días; y, sin embargo, todos los diputados en sus bancos, los concurrentes en las tribunas, escuchaban con atención, sin querer perder una sílaba de las palabras del Sr. Nocedal; y, sin embargo, cuando el Sr. Nocedal hubo concluido, cuando un liberal se levantó á contestarle, los diputados se levantaron de sus bancos, los concurrentes se salieron de las tribunas, el salón quedó vacío.

»¡Y qué elocuentemente hablaba el salón vacío!... ¿Sabéis lo que decía, señores liberales? Pues decía elocuentemente, con mayor elocuencia aún que la que había empleado el Sr. Nocedal, es decir, lo propio; decía lo que... lo que á nosotros no nos es dado repetir en este sitio.

»Si quisiera ahora saberse qué es lo que dijo el Sr. Nocedal en su discurso de ayer, uno de los más admirables que ha pronunciado, no se extraña que no tratemos de indicarlo; mañana se podrá leer todo ese discurso en las columnas de *La Esperanza*, y se podrá admirar á la vez su forma brillante, ora por la elocuencia, ora por la ironía, siempre por la facilidad y la naturalidad, y su fondo sólido, grave, lleno de justas apreciaciones sobre el pasado, de grandes enseñanzas para lo presente y para lo porvenir. El Sr. Nocedal cree que se podría cortar hoy la Revolución, pero no ve que se quiera hacerlo, sino todo lo contrario; el Sr. Nocedal cree que la Revolución se va á desencadenar entre nosotros como un castigo providencial; pero cree también que en pos de ella ha de venir por necesidad una restauración franca, completa, decisiva; el señor Nocedal señala las causas del mal y hace más que eso, las marca con un estigma que no podrá borrarse: por todo eso el Sr. Nocedal nos satisface completamente con su discurso, y nuestra satisfacción se aumenta por la conducta de los liberales que vieron al Sr. Nocedal echar por tierra con los golpes de su elocuencia la estatua del liberalismo, y que no quisieron presenciar la laboriosa y ridícula composición de la estatua que se empeñaba en hacer uno de sus compañeros.

»Por lo demás, lo que el Sr. Nocedal defiende es lo que nosotros venimos defendiendo, y lo que el Sr. Nocedal dice es lo que venimos diciendo; como él, y acaso mejor que él ó antes que él, habíamos nosotros conocido que aquí era imposible evitar la Revolución, que no se quería eso, que no se podía, acaso providencialmente, evitar la Revolución y pasar de cierto punto al emprenderse como por azar el buen camino; y, finalmente, como el Sr. Nocedal, nosotros tenemos plena confianza en que la restauración que siga á la Revolución que nos amenaza, será una restauración completa, franca, decisiva.»

Los del oficio periodístico solemos conocer pronto los productos literarios, áun sin el auxilio de las marcas de fábrica, como sucede á los sastres con los paños; y el artículo de *La Esperanza*, por su fraseo, por sus giros, por su contestura toda, tiene trazas de ser hijo legítimo del mismo Sr. Vildósola, que hoy dirige y redacta *La Fé*, señalándose por su constancia y crudeza en atacar al Sr. Nocedal y en deslustrar la reputación que él mismo había barnizado con los pinceles de sus fogosos entusiasmos.

Doble contra sencillo apostaríamos á que el susodicho artículo era producto de tal periodista; pero aunque no lo fuera, dióse á luz en tiempos en que formaba parte de la redacción de *La Esperanza* y sostenía sus opiniones; y, sobre todo, lleva la grave sanción del difunto D. Pedro de La Hoz, que para los carlistas de entonces, como para los de hoy, es autoridad irrecusable.

¡Quién había de presagiar cuando se dió á luz tan calurosa apología, que el hombre que la redactó ó la aceptó en todos sus sentidos, había de llegar con el tiempo á pretender despedazar con sus propias manos la escultura que había construido con su cincel en momentos de inspiración sana y de independencia activa y generosa! ¡Quién había de presagiar entonces que el hombre que desde *La Esperanza* anunciaba con acentos de poderoso vuelo que el Sr. Nocedal había dejado de ser liberal para defender la verdad, «que en eso consistían su importancia y la admiración de sus adversarios,» que defendía lo mismo que *La Esperanza*, con todas las cosas igualmente buenas y hermosas que se registran en el artículo, había de haber llegado con el tiempo á borrar con groseros brochazos aquella pintura autorizada por la sanción del difunto D. Pedro de La Hoz, dando pábulo á ser dos veces compelido por los tribunales á retractar conceptos calumniosos y otras dos á ser condenado en juicio, por injurias y difamaciones

graves producidas contra el Sr. Nocedal, por medio del vehículo siempre cobarde, cuando se abusa de él, de la imprenta! ¡Miseria humanidad!

La razón, la lógica, el sentido moral, todas las formas del raciocinio, designan de consuno el caso único, riguroso y procedente, en que los antiguos apologistas del Sr. Nocedal podían justificar sus agresiones de los días presentes y la conjuración organizada que mantiene su rabiá salvaje, para destrozar su investidura y áun su persona. Sólo pudiendo probarse que había apostatado de los grandes ideales que sostuvo en sus laboriosas campañas contra el liberalismo; sólo probando que era desleal y traidor á la causa que sirve; sólo probando que vende al que le otorga sus poderes y su confianza y á la comunión que le tiene por jefe, es como únicamente hallarían justificación las algaradas que se han promovido contra él y que se mantienen con una contumacia digna de causas mejores.

Y nada de eso puede probarse.

Por el contrario, si en 1863 defendía el Sr. Nocedal lo mismo que *La Esperanza*, sin haberse declarado públicamente carlista, ocho años después hizo por fin aquella declaración entre los hurras y aplausos frenéticos de los mismos que hoy le detractan, considerándole entonces, personal y políticamente, como la mayor adquisición que podía haber hecho el partido. Testigos presenciales fuimos de las exageraciones con que celebraron el que llamaban entonces *fausto suceso*. Todos, y cada uno de los que hoy se distinguen más por la crudeza de sus ataques y de sus golpes, se disputaban el honor de haber contribuido á traer al Sr. Nocedal definitiva y concluyentemente al campo carlista, haciendo resonar la trompa de su entusiasmo de la manera más épica. Los mismos que hoy desean crucificarle, tendían á su paso ramos de olivo y alfombras para celebrar su entrada triunfal en la Jerusalén tradicionalista; y todos, y cada uno de ellos, forjaban las historias más extravagantes para disputarse el honor de haber realizado tan valiosa conversión.

Y es cierto que ninguno de ellos le trajo, sino que él solo se vino, impulsado por la fuerza del convencimiento; pero sea como quiera, siempre resultará que es una anomalía y una contradicción injusta que los mismos que ponían en las nubes al Sr. Nocedal cuando no era carlista, sean los que hoy pretenden anonadarle cuando es carlista probado y merece la confianza del príncipe en quien se simboliza la causa católica y monárquica de España. ¿Cuáles son sus delitos? Uno solo: ¡ser carlista! Buen ejemplo dan los que le persiguen y blasonan de practicar política de atracción, para enseñar á los hombres de otros partidos la consideración, el respeto y la gratitud que hallarían en el nuestro si á él se vinieran por renuncia solemne á las pompas y á las obras del liberalismo, siendo ellos los directores de los negocios de nuestra comunión.

Jamás se conoció dentro del partido católico-monárquico español, tal rebajamiento de caracteres, tanta veleidad, tanto anarquismo inconsciente y ciego, tanta confusión babiloniana, tanta decadencia bizantina: sólo reconociendo que ha invadido nuestro campo la epidemia liberal, contagiando los corazones y las inteligencias, é hinchando de ambición y de soberbia á los espíritus, es como pueden únicamente explicarse, la corrupción extrema de sus minorías insubordinadas, la relajación de su antigua y hermosa disciplina, la conculcación de sus sacrosantos principios.

La conjuración abominable que sostienen los traidores que se cobijan bajo nuestra bandera y usurpan nuestro nombre y con él nuestro estado civil, no se amotina sólo contra el Sr. Nocedal: apunta al mismo D. Carlos, le hace blanco de sus tiros, y pretende, artera y miserablemente, fusilarle. D. Carlos es para esta conjuración lo que fué Maximiliano para la mejicana. ¿Cuándo se vió en el campo tradicionalista esfingese semejante? ¿Cuándo se levantó en él una hidra de cabezas tan deformes? Esa conjuración servida por

baladrones de charpa, por publicistas insipientes, por nulidades insignificantes que bullen y se arrastran por calles y gabinetes, dándose tufos de eminencias, y tratando de desempeñar la parodia teatral de los motines liberalescos, no podrá borrar nunca el signo indeleble de su colosal estupidez y de su microscópica estatura.

No ha tenido paciencia para esperar, y ha demostrado que en su cuerpo no hay más que vientre. No ha respetado los infortunios augustos, y ha perdido el decoro. Ha insultado á un príncipe proscrito, y con esta hazaña ha dado la medida de su valor. Se ha reído del principio de autoridad; ha proclamado por todo lo alto y por todo lo bajo la desobediencia; ha pisoteado nuestros ideales en fiestas tabernarias, y hay derecho ya para decir: «Esa no es la comunión católica y monárquica; esa es una avalancha liberaizante, que aspira á hundir nuestra comunión; ese es un cuerpo exento de servicio en nuestro campo, que se pasará al enemigo en la primera ocasión, y que el mismo enemigo acogerá con recelos, porque siempre los inspiran los tráfugas y los traidores.»

¡Tradicionalistas de buena voluntad! No hay razón contra la razón ni derecho contra el derecho.

O somos monárquicos como nuestros padres, ó no lo somos de ninguna manera.

O ponemos entre nuestros dogmas políticos el principio de autoridad, ó no tenemos dogmas políticos.

O nos sometemos á los poderes consagrados por el código de la tradición y de la historia, ó no somos tradicionalistas.

Los distingos que en nombre de la Religión pretenden invocarse para conculcar la obediencia, negar la sumisión y autorizar el libre exámen, no tienen valor entre nosotros.

El que niega el principio de autoridad, niega á Dios, fuente de toda autoridad.

Esos distingos de última hora con que se viene asustando á las conciencias timoratas y escrupulosas, son absurdos que condena la lógica y el sentido común rechaza.

Esos distingos son la última farsa del catolicismo liberal ó del liberalismo católico, gran zurcidor de voluntades y tercero de asquerosas concupiscencias.

La trama de esa farsa y los maquinistas que la mueven son ya bien conocidos.

Y todo el aparato vendrá á tierra como las murallas de Jericó, no al son de la trompeta tradicionalista, sino al más estrepitoso todavía de una silba general.

OJO AL DUQUE

Está visto que España es el único país del globo terráqueo y de *El Globo* de D. Emilio, donde se construyen reputaciones revolucionarias á prueba de bomba.

Cuando creíamos que el duque de la Torre estaba aplastado, literalmente aplastado, por los folletos de los Carerras, Rubau Donadeu y compañía, que desembarcan de Francia con abundante fecundidad, resulta que el señor D. Paco Serrano está más tieso que nunca y en disposición de ser la mole que aplaste á Sagasta y al general, y los convierta en tortilla de yerbas y calamares.

No hace un mes que se pintaba tan abatido á su ex-alteza D. Paco, á consecuencia de los disgustos de familia, que lo menos que se decía de él era que iba á suicidarse, y áun hubo día en que corrió la voz en Madrid de que estaba suicidado ó de cuerpo presente. ¡Buenas y gordas! Su alteza cesante tiene por lo visto más vidas que los gatos, y ahí le tienen ustedes viajando por la España que fué de Sagasta, recibiendo más ovaciones que una alteza en activo servicio.

¿Y qué decimos Alteza? En Galicia ha sido recibido el héroe de Alcolea y del proceso conyugal de la condesa de San Antonio como si fuera majestad, quíerese decir, como si fuera una testa coronada.

Lo cual no es extraordinario, porque la experiencia enseña que la suya es de una pasta que sirve para todo.

Por eso le vimos pavonearse en Palacio cuando fué regente ó cosa así de la España con honra, y en honor de la verdad puede decirse que mirado de cierta manera, como de soslayo ó por la espalda, tenía facha de rey ó de testa coronada.

Los gallegos de la provincia de Pontevedra, que son los más aticionados á los nabos y á la libertad, han tenido el buen acuerdo de tratar á D. Paco á cuerpo de rey, y el pobrehombre (porque después de todo, lo primero que es en política y fuera de la política es un pobre hombre, amen de ser luego otras cosas mucho peores), ha venido con más sol en la cabeza, que el que se necesita para producir un tabardillo político á cualquier liberal que aspira incesantemente á ser personaje.

Preparados los festejos de Lourizan por el gran manipulante Montero Rios, abogado de sus pleitos y protector de su candidatura para todas las cosas, lo ménos que se figuró su alteza jubilada fué que se hallaba en el palacio de Oriente, cuando la gloriosa le tributaba ovaciones en que el ramaje verde, la percalina, las banderas de la milicia y los fusiles con dos pies de aquella institucion, le demostraban que tenia honores reales y que sabia gastarlos como quien los tiene.

El duque está ya viejo, bastante viejo, muy viejo, pero como á la misma senectud no le amarga nunca un caramelo, y los recuerdos son la confitura de los viejos, imagine el curioso lector lo azucarado que vendrá de la patria de los cebones y de las plantas tuberculosas el hombronazo público, que ha tenido por domicilio el palacio de Oriente, en una época en que hasta los republicanos más descamisados paseaban su democracia en calesas reales, habiendo visto en Galicia refrescados todos los recuerdos de su antigua y poderosa dominacion, gracias á los cánones de Montero Rios, y á la proverbial docilidad de sus paisanos, que hasta le han bailado el agua al majestuoso duque.

Así es que viene el hombre—según dicen—tan dulzarrón y empalagoso, como si todavía trajera en el cuerpo el sétimo merengue comido en Lourizan y en sus islas adyacentes.

De aquí los comentarios que se hacen en los círculos acerca del viaje de este personaje, siempre en incubacion para todas las grandes combinaciones de la política.

—¿Verdad que ha sido un viaje triunfal?—dicen los zurdos á todo el que quiere oírlos.

—Ciertamente. Le han tributado tantos honores como á un infante.

—Ya quisieran muchos infantes recibir ovaciones como las que él ha recibido en Galicia.

—Y aún los mismos reyes.

—De fijo que no se ocurriría hacer más para festejar á un rey.

—Claro: como que, según anuncian de Pontevedra, aquellos buenos y liberales gallegos miraban al duque como si fuera un rey.

—Lo cual no es extraordinario. Porque por el sexo bien puede llegar á serlo.

—Por el sexo y por otras cosas. ¿No lo llegó á ser Macbet?

—¡Jé! ¡jé!

—Y así, por el estilo, se discurre.

Resultado, que el presidente del Consejo y aún el mismo general, han llegado á escamarse como si fueran dos peces, y contemplan al duque con ojos de besugos averiados, quiérese decir, poniéndolos en blanco.

Y la verdad es, que tienen razon para tiritar, porque su alteza cesante se llama Serrano, y como el Rey Sábido, está llamado á figurar en la historia por sus partidas.

De las cuales tenemos ya una edicion completa, y estamos esperando la segunda.

Dicho se está que los zurdos han recibido á su duque poseídos de una alegría delirante.

Por eso no cesan de decir por ahí, en voz baja, pero trágica y cavernosa.

—Esto está oscuro, y huele al duque.

—Ojo al Cristo, que asan á Sagasta.

—A cada Martínez Campos, le llega su San Martín.

—Detrás de esto, viene el duque que la endereza.

Y en fin, que tanto se empieza á duquear, que hasta los que vemos los toros desde la barrera, no sabemos ya si esto acabará duqueando.

Con lo cual queda demostrada la tesis que sentamos al comenzar estos renglones, á saber:

—Que en España las reputaciones revolucionarias se construyen á prueba de bomba y no hay batería que las eche por tierra.

Testigo, el duque.

Un duque que se ha viste *enfolletado*, desparrillado con hojas sueltas, suicidado, puesto en música en todos los tonos, y que para fin de fiesta aspira á llegar á verse convertido en chimenea del edificio gubernamental de España.

¡Aire, que me ahogo!

No queríamos una taza de duque y tendremos que tomar tres.

Benditas sean la gracia y la sal del sistema.

ENTRE COMPADRES

El general y el presidente del Consejo son deliciosos. O *delisiosos*, como dice un personaje de la zarzuela bufa *Robinson*.

Al general no le gusta la masonería, en lo cual prueba que tiene buen gusto; y el presidente del Consejo se perece por los mandiles, en lo cual prueba que tiene un gusto de todos los demonios.

Con gustos tan distintos, con idiosincrasias tan diferentes y después de haberse andado buscando para fusilarse en tiempos no remotos, cualquiera creería que el presidente del Consejo y el general no se podían ver ni en pintura: pues nada, ahí los tienen ustedes á partir un confite y mordeando juntos el piñón del presupuesto de este país, eminentemente progresista.

Para buscar hoy entre nosotros lo más racional, es preciso volverse de todo punto irracional, y estacionarse en esa posicion. De otra manera es imposible colocarse al nivel del progreso y de la prosperidad pública liberal.

El general ha dictado una orden para castigar á los oficiales masónicos, dándoles de baja en el escalafón del ejército, ora sometiéndolos á las correcciones que crean convenientes los tribunales militares; y esa orden, no solo nos parece buena, sino que produce en nuestros ojos el fenómeno más extraordinario, porque al uno nos le hace reír y al otro llorar.

¿Se quiere saber la razon?

Pues es muy sencilla.

El presidente del Consejo de ministros es una de las columnas ó postes más sólidos de la masonería, como que ha arrastrado un mandil de muchos metros de longitud.

Más claro, el presidente del Consejo es uno de los dignatarios más altos de la masonería.

Es así que el general no puede ver á la masonería ni en estampa, luego calcúlese cómo podrá ver al presidente del Consejo, que es un mandil de muchísimas campanillas.

Y naturalmente, si el general supiera lo que es lógica, y lo que es sentido comun, y lo que es gobierno, y lo que

son otras cosas que no queremos decir por no pasar á la cárcel á respirar las auras de la libertad, que confortan dichosamente á todos los espíritus españoles, antes de haber ordenado el expurgo de los oficiales masónicos en el ejército, debió haber matado todas las pulgas masónicas que le pican al presidente del Consejo, en cuyo caso, y habiendo realizado esta operacion con el arma favorita del Sr. Sagasta, que es la porra, posible es que á estas horas (buenas sean ellas) no tendría un pelo en el tupé, que tanto llena de admiracion á un biógrafo ó cosa así que le ha salido en *Les matines Espagnoles*, periódico de Rute y consorte.

El cual biógrafo, dicho sea de paso, á falta de cosas más sólidas que admirar en el presidente del Consejo, le admira los pelos de la cabeza, con lo cual basta y sobra para demostrar que su admiracion es peliaguda.

O se tira de la cuerda para todos, ó no hay herencia.

Esta lógica, que es la del escribano á quien se le encomendó el testamento de un muerto que respondía por movimientos de cabeza á las preguntas de sus herederos, es la que el bueno del general no conoce ni por el forro, cuando ha dejado incólume al mandil del presidente del Consejo.

Y de aquí el que parezca natural interpelarle de esta ó parecida manera:

—¿Cuál es más peligrosa, la masonería militar ó la paisana?

Si las logias pudieran decir la verdad al general, seguros estamos de que habia de oírlo detrás de un escalofrío.

No concibe la razon humana, por mucho que se violenta, cómo es posible que el general se horrorice de ver un mallette, y se quede tan fresco como una hortaliza al contemplar al presidente del Consejo.

Es lo procedente, es lo riguroso, despues de la promulgacion de las disposiciones de guerra: el general y el presidente del Consejo no podrán contemplarse cara á cara, sin ensayar para acariciarse alguna mueca más ó ménos feroz.

O en vez de sangre circula por sus venas horchata de chufas, ó cuando se contemplan á solas y cambian alguna mirada, deben causarse un miedo progresista de muchos pares de bemoles.

La gracia que el uno al otro se haga debe ser una gracia como la de Romero Giron, que es el prototipo de la desgracia, y por consiguiente podrá servir para todo ménos para hacer que ambos á dos se desternillen de risa.

Y como si lo oyéramos; cuando, despues de mirarse el uno al otro de reojo y de hacerse algun gesto de esos que solo el diablo debe saber hacer para demostrar que es diablo, se separen, lo ménos que á los dos se les ocurrirá decir entre dientes, será esto ó cosa parecida:

—Este pazguato que me ha puesto en ridículo....

—Este tío que tiene por armas las escuadras y los triángulos....

—Me apesta ese mastin.

—Me revienta el tupé de ese polichinela.

Tal es ó tal debe ser la situacion respectiva de esos dos hombres que se desvelan por nuestra felicidad.

Si en público se abrazan como dos novios, privadamente deben haber empezado á enseñarse ya los puños y la dentadura.

Si en público aparecen como uña y carne, privadamente deben aparecerse el uno al otro como carne de cañon.

Tal y como son, con su pequenez fastuosa ó con su decrepitud precoz, simbolizan bien y naturalmente, el carácter de los tiempos que hemos llegado á alcanzar, siendo dos tipos que están á la altura de nuestra decadencia.

Porque si esta se paga de todos los contrasentidos, esos dos hombres son dos contrasentidos elevados al cubo, esto es, al gobierno de un país que vive sin gobierno; y si se paga de todos los absurdos, ¿dónde se hallarian mayores que esos dos absurdos convertidos en ministros?

Suframos el mochuero, porque ese es nuestro deber, y hagamos vida santa, y esperemos una buena hora....

Nuestras desdichas acabarán á manos de un médico que cura de raíz todas las enfermedades del cuerpo.

¡Ah! todo acabará á manos del enterrador.

JUZGADO DEL HOSPICIO.

El Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal contra D. Antonio Juan de Vildósola y D. Leoncio Gonzalez Granda, por injurias.

Sentencia.—Considerando que los hechos probados en esta causa constituyen el delito de injurias graves previsto en el art. 471 del Código y núm. 2.º del 472; injurias hechas por escrito y con publicidad y castigadas en el artículo 473 con la pena de destierro en su grado medio al máximo y multa de 250 á 2 500 pesetas.

Considerando que de dicho delito son responsables criminalmente los acusados D. Antonio Juan de Vildósola y Mier y D. Leoncio Gonzalez y Granda, en concepto de autores legalmente convictos y confesos;

Considerando que en dicho delito no han concurrido circunstancias apreciables y por tanto debe aplicarse la pena en su grado medio;

Considerando que no hay responsabilidad civil que determinar;

Considerando que las costas procesales se entienden siempre impuestas por la ley en la proporcion correspondiente á los criminalmente responsables de todo delito;

Vistos los artículos 1.º, 11, 13, párrafo último del 28, 49, 50, 62, 63, regla 1.ª del 82, 83, tabla demostrativa del 97, 116 en su párrafo último, 471, 472 en su número 2.º, 473, 479 y los demás de aplicacion comun del Código penal:

Fallo: Que debo condenar y condeno á D. Antonio Juan de Vildósola y Mier y á D. Leoncio Gonzalez Granda á la pena de tres años, seis meses y veintinueve dias de destierro cada uno á la distancia de 25 kilómetros por lo ménos de esta corte, multa de 300 pesetas, y pago por mitad de las costas procesales, debiendo sufrir, caso de insolvencia por la multa, la responsabilidad personal correspondiente á razon de un dia por cada 5 pesetas.

Se declara el comiso de todos los ejemplares del número 1.º del periódico titulado *El Cabecilla*, correspondiente al 2 de Setiembre de 1882, como instrumento con que se ejecutó el delito, cuyos ejemplares se recojan é inutilicen é insertese esta sentencia en dicho periódico, dentro del término de tercero dia siguiente al en que sea declarada firme. Así, por esta mi sentencia definitivamente juzgando, lo pronuncio, mando y firmo. Madrid, 22 de Agosto de 1883. —Francisco Rodriguez García.—Es copia.—Notificada el 24 de Agosto de 1883.

BUFONADAS.

El pan de Vicálvaro que ha empezado á expenderse bajo la proteccion del Ayuntamiento, en competencia con el que elaboran los tahoneros de Madrid, se distingue por estas dos cualidades:

Porque no es barato, dada su clase.

Y porque es tan malo, que no puede ser peor.

Ignoramos si los perros apechugarán bien con el susodicho pan; pero á las personas les sabe á perrunas.

De modo que si el Ayuntamiento y el contratista creen que el pueblo de Madrid es sencillamente un rebaño de animales, el pan fabricado en Vicálvaro es digno de él.

Y si creen que no es el susodicho rebaño, el pan de Vicálvaro solo es digno de los perros.

Y no es flojo el que nos ha dado el contratista.

Como que al mismo Ayuntamiento le dice *guau, guau*.



Resúmen que hace *El Porvenir* de la vida y milagros del presidente del Consejo:

«Porque, en resúmen, ¿por qué fué el Sr. Sagasta ministro de 1868 á 1873?—Por la insurreccion del general Serrano.

¿Por qué presidió el Gabinete de 1874 á 1875?—Por la insurreccion del general Pavía.

¿Por qué es presidente del actual gobierno?—Por la insurreccion del general Martínez Campos.

¡Lo que va de ayer á hoy!»

Velay usted.

Pero eso es lo que ha sido siempre, tratándose de los que se hallan en el caso del Sr. Sagasta.

Que son todos los liberales.

Y, por lo mismo, individuos de la misma camada.



Leo en *La Correspondencia*:

«Dice un periódico conservador, que apenas puso el pié su majestad en la embajada de España en París, el duque de Fernan-Núñez se adelantó hácia el trono y dió vuelta al sillón régio, que en ausencia del monarca es de ley que esté de espaldas.»

Lo cual comenta *El Globo* así:

«A un hombre que está en todos esos perfiles trata á su vez D. L. de R. de darle vuelta.

Y ponerle de espaldas á la embajada.»

D. L. de R., es D. Luis de Rute, subsecretario de la presidencia.

El cual ha hecho méritos zurrando la pámpana al duque de Fernan-Núñez, para que el gobierno le ponga en el andar de la calle.

Por mientras viva la fusion hay todavía clases.



Bufonada hecha por *El Liberal*:

«Ha sido detenido un sujeto que conducía 500 proclamas revolucionarias destinadas á diferentes provincias.

Al saberlo, parece que el general Martínez Campo ha dicho:

—A este sujeto deben detenerle 500 veces.»

Donde dice *detenerle*, léase *fusilarle*, y el chiste tendrá la punta que debe tener.



Dice *La Epoca* que duda ya si España es ó no un país civilizado.

Lo mismo, exactamente lo mismo que dice RIGOLETO, desde que *La Epoca* prometió al marqués de Valdespina hacerse carlista, haciéndose sólo tercera y encubridora de mestizos.

Porque la mesticería y la civilizacion, son dos cosas que no caben en un costal.

O en una constitucion.



De *El Liberal*:

«Histórico.

En el palacio de la diputacion provincial de la Coruña, donde estaba alojado D. Alfonso, el corresponsal de un colega, arrastrado por la curiosidad, se metió hasta la cocina. Al encontrarse con un marmiton que estaba batiendo huevos, el reporter empezó á hacerle preguntas.

Ofendido el marmiton de que le interrumpieran en sus importantes funciones, volviése al corresponsal, y le dijo:

—¿Le parece á usted, señor X...., que esto es lo mismo que escribir correspondencias para su periódico?»

¿Un corresponsal metido en una cocina?... Mencheta debió de ser.

Y si no fué Mencheta, algun mestizo.

Porque los mestizos tienen parecido de Mencheta.

El marmiton de la diputacion de la Coruña debe ser un gran filósofo, porque dijo una verdad profunda.

Batir huevos, es mucho más difícil que escribir mal.

Porque con los huevos bien batidos, puede alimentarse el hombre, y con los malos escritos, puede reventar sin auxilio de otras drogas.

Ese marmiton debía sentar plaza en la casa de Astrarena.



El periódico *Le Temps* dice acerca de la estancia de don Alfonso XII en París, lo siguiente:

«Alfonso XII recibió tambien la visita del duque de Montpensier y del conde de Paris, á quien acompañaba su hijo el duque de Orleans. Comió luego en la embajada y á las ocho y media salió por la línea del Este. En el momento de entrar en la estacion, un curioso, perdido entre la muchedumbre, gritó: ¡Viva la República!»

El agasajo no pudo ser más expresivo.

¡Caracolitos, con el curioso perdido!

Si llega á ser un curioso embarazado, sabe Dios lo que hubiera dado á luz su curiosidad.

RIGOLETO



Ya veis como el caballero
Se ha metido á farolero

L.R. Desengaño 14, MADRID.